

Hernández, Isabel (Ed.). *Voces olvidadas: los traductores de obras españolas en la época de la literatura universal*. Guillermo Escolar 2024. 376 pp.

Reyna Carretero Rangel
Universidad Nacional Autónoma de México 

<https://dx.doi.org/10.5209/estr.104419>

Durante mucho tiempo, la historia de la literatura universal ha sido contada por sus figuras visibles: los autores consagrados, las lenguas dominantes, los cánones nacionales. Pero ¿qué sucede cuando se gira el prisma y se mira hacia las zonas de sombra? En *Voces olvidadas: los traductores de obras españolas en la época de la literatura universal*, editado magistralmente por Isabel Hernández, el protagonismo se traslada —con justicia y precisión— a quienes hicieron posible la circulación de las letras más allá de sus fronteras: los traductores.

El volumen es un ejercicio de recuperación cultural. A partir del marco conceptual que Goethe delineó al hablar de la *Weltliteratur*, propone una lectura renovada de los intercambios literarios del siglo XVIII y XIX, centrada en la literatura española y su proyección europea. La clave está en la traducción no como simple trasvase lingüístico, sino como gesto civilizatorio, como arquitectura invisible de una comunidad textual transnacional. “El objetivo y la intención de este volumen... [es] mostrar de qué manera, en qué condiciones, con la participación de quién y utilizando qué medios y qué métodos se pudo llevar a cabo el trabajo de traducción literaria durante la época en la que la literatura estaba dejando de ser nacional para convertirse en universal” (p. 13).

En tiempos de multilingüismos y desplazamientos, *Voces olvidadas* nos invita a repensar el papel de la traducción como laboratorio de la convivencia. En sus páginas, se despliega un mapa posible de lo común: una literatura verdaderamente universal, tejida por manos que sabían leer en dos orillas. Este libro, en efecto, no rescata solo a los traductores del olvido: los restituye al lugar predominante que siempre debieron ocupar.

Se configura como una travesía apasionante a través de las vidas, las obras y las decisiones estilísticas de quienes, desde los márgenes, ayudaron a construir los pilares de lo que hoy entendemos como literatura universal. Se descubre a los traductores como figuras complejas, insertas en redes culturales, políticas y afectivas que les permitieron actuar como auténticos mediadores de sentido entre lenguas y mundos.

El prólogo traza con notable erudición el itinerario de la idea de literatura universal desde Goethe hasta los estudios globales contemporáneos. Allí se sitúan los traductores como mediadores culturales, artífices del diálogo entre mundos. Su trabajo, muchas veces anónimo, fue decisivo para que obras españolas —desde Cervantes y Calderón hasta autores hoy desconocidos— encontraran eco en otras lenguas. La literatura se volvió universal a través de los esfuerzos de traducción. El punto de partida es el legado de Goethe, quien no solo es autor clave de la literatura alemana, sino también un teórico y practicante entusiasta de la traducción: “Con su ideal humanista, Goethe promovió la idea de que la atención a otras literaturas podría tender puentes de comprensión, tolerancia e intercambio productivo entre poblaciones diversas, algo, si cabe, más necesario hoy que nunca” (p. 13). Su idea de *Weltliteratur* —literatura mundial— devino en la creación de una red concreta de traducciones, relecturas y adaptaciones.

El recorrido es también una historia del gusto literario europeo. A medida que el francés pierde su hegemonía, la literatura inglesa gana espacio y, con ella, el interés por otras tradiciones hasta antes “marginales”, entre ellas la española. El orientalismo romántico, la relectura del imaginario caballeresco, la figura del *Quijote*, el romancero español, como símbolo de un alma escindida entre fantasía y realidad: todo esto reavivó la atención hacia una literatura que había sido injustamente subestimada en la Europa ilustrada, y cuya traducción al alemán, al inglés y al francés, enriqueció la literatura europea, creando el camino hacia la literatura universal.

Esta obra propone una constelación dinámica donde la traducción es gesto afectivo, mediación y empresa cultural. A través de estudios rigurosos, el libro revela cómo la traducción ha sido también forma de hospitalidad, de reapropiación y de resistencia literaria. Así, cada ensayo podría pensarse como un gesto

de trashumancia cultural, evocando su etimología latina *trans-humus* —cruce de tierras—donde la lengua traducida no se sustituye, sino que se hospeda y se reconfigura en el tránsito, arribando así a un *dolce convivio* (Carretero 2021), evocando el *Dolce Stil Novo* de Dante Alighieri, expresado en *La Vita Nuova*, editada por primera vez en 1576.

En el primer estudio, Isabel Hernández propone una “comunidad textual transnacional”, una suerte de linaje silencioso que conecta a los traductores con sus autores y lectores. Su idea de la traducción como “nueva necesidad” no solo refiere a la historia: habla también de un presente en el que los desplazamientos simbólicos y lingüísticos son la norma. Le sigue Alejandro López Lizana, quien recupera la figura de Johann Gottfried Herder como un pensador que interpretó el romance español desde su sensibilidad filosófica y nacionalista.

Por su parte, Héctor Canal aborda la obra de Friedrich Justin Bertuch, editor visionario y empresario cultural. Canal muestra cómo Bertuch promovió activamente la traducción de autores españoles, convencido de que lo hispano podía alimentar el apetito romántico germano. En su estudio, Natalia Morozova Morozov presenta a Jean-Pierre Claris de Florian como un cervantista entregado, pero también como un estratega literario que supo navegar entre la traducción y la reescritura. En sus versiones del *Quijote*, Claris no se limita a traducir: adapta, edulcora, transforma.

Mercedes Rodríguez Fierro indaga en la figura de Bartolomeo Gamba y su versión italiana del *Quijote* (1818). La empresa es titánica: una segunda traducción del clásico español que se distancia del tono de Lorenzo Franciosini, su primer traductor al italiano (1622) para buscar un equilibrio entre fidelidad al original y una “modernización del lenguaje”. Martín Kobal centra su ensayo en August Wilhelm Schlegel. Su interés por Calderón de la Barca, y la forma en que lo traduce, habla tanto del gusto romántico por lo sublime y lo dramático como de una voluntad de diálogo entre culturas barrocas. Schlegel no busca solo trasladar palabras: quiere provocar en el lector alemán la misma exaltación que en el español.

Isabel García Adánez aborda la figura de Ludwig Tieck, cuya traducción del *Quijote* es celebrada por su profundidad interpretativa. García Adánez revela la sofisticación de un traductor que, lejos de limitarse al texto, interioriza el mundo cervantino y lo reproduce con fidelidad afectiva. Tieck traduce atmósferas, ironías, silencios. Continúa Ingrid Cáceres Würsig, quien recupera la figura de Frédéric de la Motte Fouqué, escritor que se adentró en la complejidad simbólica cervantina desarrollada en forma de novelas de caballería y drama histórico. Su traducción busca una “versión sonora”, un eco del ritmo trágico del original, cercano a las cadencias del *Sturm und Drang*. Se demuestra que Fouqué no se limita a una traslación filológica, sino que persigue la vibración emocional del texto.

Lorena Silos Rivas estudia las *Novelas amorosas y ejemplares* de María de Zayas en la versión francesa de Clemens Brentano y Sophie Mereau. Su análisis muestra cómo esta traducción constituye una relectura moderna del barroco femenino. Zayas, figura aún poco reconocida en muchos cánones europeos, es traída al presente con una mirada que destaca a sus protagonistas femeninas. La traducción se convierte así en gesto de justicia poética y también en estrategia editorial, revelando el modo en que las mujeres escritoras del Siglo de Oro resuenan en nuestras preocupaciones actuales.

Jorge Braga Riera se ocupa de Percy B. Shelley y su aproximación a Calderón de la Barca, en particular a través de la traducción de *El mágico prodigioso: The Wonder-Working Magician*. Shelley, ícono del romanticismo inglés, traduce con el impulso de quien busca lo místico, lo sublime, lo imposible. Braga Riera explora la tensión entre el espíritu calderoniano y la estética de Shelley, y muestra cómo el romanticismo inglés traduce a Calderón como un poeta de lo arcano.

José Gabriel Rodríguez Pazos rescata a Sir John Bowring como traductor del romancero español principalmente en su colección de poemas *Ancient Poetry and Romances of Spain* (1824): “El volumen consta de 193 poemas, de los cuales 86 son anónimos y 107 son de 58 autores diferentes, entre los que están Argensola, Juan del Encina, Garcilaso de la Vega, Góngora, fray Luis de León, López de Ayala y Jorge Manrique” (pp. 310). Su versión del romancero es un homenaje estilizado, en el que la balada popular se convierte en poema culto.

Juan Tomás Matarranz Araque analiza la obra de John Gibson Lockhart, traductor de las *Ancient Spanish Ballads*. Lockhart —más conocido por ser yerno de Walter Scott— trabaja con el romanticismo escocés como telón de fondo. Matarranz explora cómo las baladas españolas son interpretadas como reflejo de una nación noble y en lucha, y cómo su eco sirve también para construir un imaginario nacional británico. Traducción y nacionalismo convergen en una operación cultural de largo alcance.

Miguel Sanz Jiménez culmina el volumen con el análisis de la traducción de las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, realizada por Henry Wadsworth Longfellow. El poeta estadounidense ofrece una versión serena y solemne, que traduce la elegía castellana en clave trascendentalista. Sanz Jiménez sugiere que esta traducción funciona como puente transatlántico entre dos formas de pensamiento contemplativo, y nos brinda la elocuente teoría de la traducción de Longfellow:

El gran arte de traducir bien yace en el poder de representar literalmente las palabras de un autor extranjero y al mismo tiempo preservar el espíritu del original. Pero hasta dónde uno de estos requisitos de una buena traducción puede ser sacrificado al otro, hasta dónde un traductor es libre de embellecer el original mientras lo viste de un nuevo idioma es una cuestión que ha sido decidida diferentemente por personas de diversos gustos [...] A él también se le debe permitir transgredir la rígida verdad del lenguaje y remediar el defecto, hasta donde tal defecto se puede remediar, con ligeros y juiciosos embellecimientos” (p. 351).

El volumen cierra con una sección de conclusión que resume y amplifica la propuesta del libro: reconocer, visibilizar y valorar las múltiples voces —traductoras y traducidas— que han hilado el puente cultural entre la literatura hispánica y Europa. Se devela así una sorprendente constelación afectiva y política que muestra

cómo la traducción ha sido, en muchos casos, la única forma de resistencia, preservación o renacimiento de muchos de los textos fundamentales de la literatura universal: “La idea misma de la traducción como un modo de escritura y de acercamiento al original en su relación con las nociones de origen y originalidad, son sin duda los elementos que permiten conferir a esta actividad singular su papel de mediadora en la construcción de una literatura de carácter universal” (p. 366).

La mayor virtud de este libro, entre muchas, es devolver el nombre propio a quienes fueron considerados como “mano invisible”. Lo hace con inteligencia, con precisión académica y con una escritura amena que nunca olvida que la literatura, ante todo, es una forma de hospitalidad, a través de la cual se arriba a una morada compartida.

Referencias

Alighieri, Dante (2003). *Vida nueva*. Cátedra.

Carretero Rangel, Reyna (2021). *Dolce convivio. Composables del trashumante urbis*. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM), Universidad Nacional Autónoma de México.